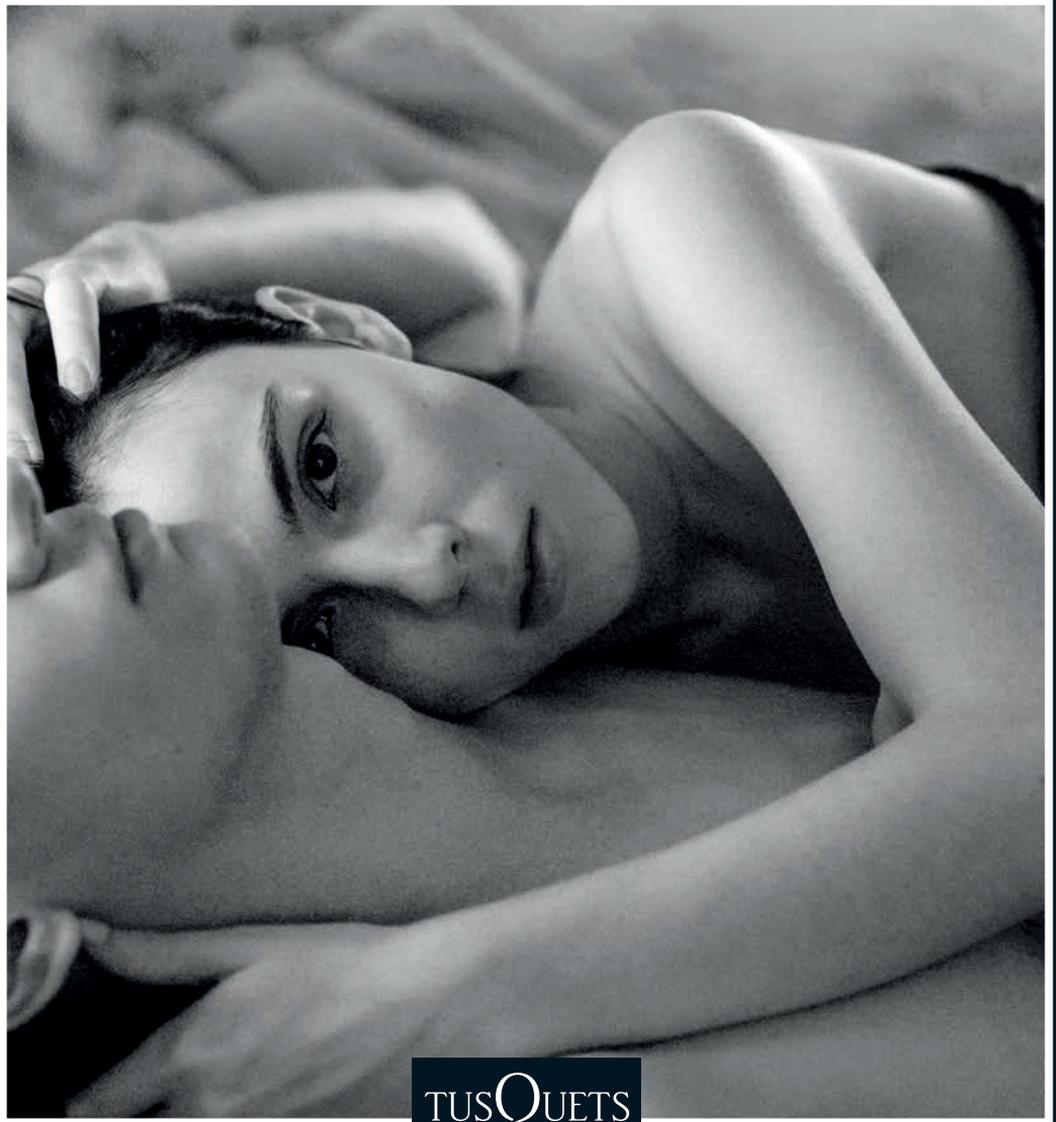


Julia Franck

LA EXTRAÑA SOY YO

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

JULIA FRANCK
LA EXTRAÑA SOY YO

Traducido del alemán por Belén Santana

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *Welten auseinander*

1.ª edición: mayo de 2023

© Todos los derechos reservados para S. Fischer Verlag GmbH, Frankfurt del Meno. Edición publicada por acuerdo con S. Fischer Verlag GmbH a través de International Editors' Co.

© de la traducción: Belén Santana López, 2023
Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Av. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-1107-300-4
Depósito legal: B. 6.442-2023
Fotocomposición: Realización Tusquets Editores
Impresión y encuadernación: CPI Black Print
Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

La extraña soy yo

También en la vida real tengo una madre, cuatro hermanas y amigos a los que quiero. Y también en esta vida real ha habido personas muy próximas a mí a las que he perdido por una muerte prematura y con las que, sin embargo, viviré hasta el final. Las conocí, las conozco y las conoceré en el futuro, solo que de un modo algo distinto. Ni ellas ni yo seremos siempre las mismas. Nuestras experiencias nos cambian, y también nuestra manera de entender las cosas.

A menudo nuestras historias y nuestra forma de ver la realidad son mundos aparte. Recordamos ciertos acontecimientos y a nuestros seres queridos de formas muy diferentes, tan diferentes como cuando soñamos para nuestros adentros y cuando soñamos los unos con los otros. Si pensamos en nuestra abuela, cada uno tendrá en mente a alguien distinto, aunque seamos hijos del mismo padre, cuya madre sería, en realidad, la misma persona. Por eso, ninguna persona real se reconocerá en ninguno de los personajes de este libro. Es imposible. Cada uno observa el mundo desde su perspectiva, conocemos a nuestros seres queridos de una forma que nos es particular, sabemos cosas los unos de los otros que el otro a menudo ni siquiera sabe de sí mismo. Quién sabe cómo lo ve, lo oye o lo lee el otro. Podemos sacar conclusiones y somos capaces de entendernos, pero no

necesariamente como lo hace el otro, por eso nos equivocamos y vamos cambiando. Contamos historias al tiempo que guardamos secretos y nos escuchamos los unos a los otros. Nadie es equiparable a otra persona ni quiere que sus realidades lo sean. Por mucha curiosidad que sintamos y por más que nos guste coincidir, es justo lo otro y la mirada del otro lo que nos fascina, aquello que podemos llegar a amar o a despreciar. En esto precisamente consiste nuestra individualidad. La extraña soy yo. Y todos somos siendo.

En los últimos días aún había hecho fresco, el aroma a lilas suspendido sobre el asfalto de la Vorbergstrasse, la iglesia del apóstol San Pablo, la Schwäbische Strasse, montar en bici sin manos, los falsos castaños que empiezan a perder sus pétalos blancos..., lo recuerdo como si fuera hoy. Innumerables detalles de ese día quedaron grabados en mi memoria. La fecha quedaría grabada más adelante en mi anillo.

El anillo lo había encontrado en el suelo unos años antes, mientras limpiaba. No tenía dueño. Las personas para las que trabajaba me dijeron que me lo podía quedar. Era un anillo sobrio, de oro claro, demasiado fino para ser una alianza. Recuerdo la noche que Stephan, durante nuestro primer año de amor, me puso en el dedo otro anillo más ancho de oro amarillo, que era la alianza de su difunta abuela. Stephan quiso que la llevase por un tiempo indefinido, de modo que me quité el anillo huérfano y se lo di a cambio. Así, cada uno llevaría el anillo del otro con su respectiva historia, aunque en mi caso no se conociese todavía.

No podemos olvidar a voluntad. Ni con el cuerpo ni con

el alma. Lo que no entendemos nos fascina. Tumbados de espaldas sobre la arena, percibimos el murmullo del mar en el oído y en la piel, en nuestros huesos, nuestras membranas, contemplamos las estrellas sobre nuestras cabezas, la oscuridad del universo que nos envuelve, desde cuyos confines nos llega una antigua luz. Esa noche, cuando las ondas alcanzan nuestra retina, mientras disfrutamos viendo brillar y destellar y titilar las estrellas, solo sabemos que alguna de ellas se apagó hace tiempo. Así permanezco tumbada con Stephan. Sobre la arena de la costa de Liguria y sobre las rocas que se asoman al mar, junto a la casa de sus difuntos abuelos; así, tumbados, uno al lado del otro, sobre una capa de pedernal blanco y negro a orillas del Báltico y sobre la hierba que rodea los lagos de Mecklemburgo. Juntos nos maravillamos ante la belleza del mundo. Nos estiramos, nos atraemos incluso en sueños, imaginamos historias fantásticas, nos hacemos preguntas muy sencillas sobre nuestros orígenes y nos lo contamos, hablamos de ello, nos replicamos, nos reímos, nos rozamos, y pronto nos interesan más las cuestiones filosóficas sobre la vida y la muerte, la posibilidad de ampliar nuestra percepción y nuestra conciencia, de dónde venimos y hacia dónde vamos, noches enteras gozando de la excitación que provocan la curiosidad y la advertencia de lo inconmensurable. Cuando pienso en ello, se vuelve presente.

Él era delgado, de pelo castaño, ondulado y brillante, un joven aniñado con voz grave y cálida. Tenía la piel marcada, varias cicatrices recorrían su vientre, dos de unos veinte centímetros y otras más pequeñas. Tuvo que haber una operación urgente, previa a la época que pasamos juntos. Él conocía el dolor y la anestesia.

Por su decimonoveno cumpleaños le regalé a Stephan un ejemplar de *Las palmeras salvajes*, de Faulkner, con la siguien-

te dedicatoria: «Por la alegría de un breve instante». Meses después, me dijo que no esperaba vivir mucho tiempo.

Stephan me había llamado esa soleada mañana de mayo para pedirme que nos viésemos más tarde, sin falta. Estaba poniendo a punto su nueva bicicleta: era zurdo y quería intercambiar los frenos de las ruedas delantera y trasera. Recuerdo el piso de la Hauptstrasse, en el distrito de Schöneberg, y dónde me encontraba yo exactamente mientras duró la conversación. En cuanto sonó el teléfono, tuve que cerrar la ventana: el ruido del tráfico que llegaba de la calle era ensordecedor. Recuerdo que mi mirada recayó en los libros, en un viejo casillero de madera con compartimentos altos donde había colocado media biblioteca de mi padre, que incluía a Baudelaire y a Stendhal, a Sartre y a Camus; al lado estaban los archivadores en los que guardaba las solicitudes de ayuda social, las solicitudes de una pensión de orfandad por fallecimiento de un progenitor, las solicitudes para cubrir las necesidades de ropa, la partida de defunción de mi padre, el formulario para reingresar en el sistema educativo tras casi dos años de ausencia (1987-1988), los certificados de prácticas, las tarjetas fiscales y las liquidaciones del restaurante en el que había trabajado como camarera dos o tres años, las notas de la prueba de acceso a la universidad, mis primeros artículos para el *Tagesspiegel*. Aquel mueble, que hacía las veces de estantería, formaba parte del inventario y, al igual que la lavadora, la centrifugadora y el frigorífico, pertenecía al subarrendador, que cuatro años antes había sido mi amante y ya entonces me doblaba la edad. Sobre el mapa lunar que había colgado encima del colchón caía un

rayo de sol. El mapa era reversible: aquel 12 de mayo de 1992 se veía la cara oculta de la Luna. El colchón era mío, como el viejo piano de media cola que, al poco de mudarme, tuve que vender a Kostas Papanastasiou, propietario del restaurante Terzo Mondo, para así adquirir a cambio mi primer ordenador, con el cual pude escribir y estudiar una carrera. Había aprendido a escribir usando todos los dedos y sin mirar las teclas con viejas máquinas de escribir; las letras reposan bajo las yemas de los dedos como los sonidos bajo el teclado del piano. El monitor estaba sobre un cristal sostenido por dos caballetes; el ordenador, debajo. En aquella mesa lo hacía todo: trabajaba, comía, besaba y examinaba mis negativos. El tablero grande de ajedrez estaba apoyado en la pared. Junto a la estantería, a la derecha del saledizo, había una grieta que se extendía a lo largo del muro, desde el suelo hasta el techo. Una vez que limpié los cristales quité una gruesa capa de hollín que había por fuera. Era un edificio cuyas paredes temblaban al paso de los camiones y de los autobuses que subían por la Hauptstrasse, ligeramente en cuesta. Los cristales tintineaban, el parque que cubría aquella habitación trapezoidal comenzaba a vibrar. Cuando uno se tumbaba en el colchón, notaba en su propio cuerpo la carga de aquellos vehículos pesados. Me sorprendió que Stephan decidiera cambiar los frenos de la bicicleta por su cuenta, insistió en que no era difícil. Recordé que, a los trece o catorce años, él solía pasar las largas tardes de su primera juventud con otros chicos y sus bicis BMX en alguna plaza, o bien en el paso subterráneo del centro de congresos. Noté en su voz el apremio de que nos viéramos.

En aquella época, yo acababa de empezar la carrera de Derecho, ilusionada con trabajar algún día como abogada para Greenpeace o Amnistía Internacional. Con una pequeña y vieja Minox que me había regalado un amigo sacaba

fotos de personas, solo en blanco y negro. Mi motivo preferido era Stephan. Mi forma de mirarlo. Su figura recortada ante mi objetivo. Él sube unas escaleras y me descubre en lo alto, sosteniendo la cámara. Sus manos bellas y huesudas que se juntan, las yemas de los dedos que se tocan. Sus labios, que expulsan el humo de un cigarrillo. Él sentado a la mesa, frente a mí. Los ojos oscuros, próximos entre sí, pestañas largas. Su forma de mirar a la cámara. Nos observamos. Está tumbado en un banco de madera. Sus cicatrices. Sentado en vaqueros sobre un muro de piedra, dándome la espalda. El pelo en la nuca.

Hacer fotos salía caro: los carretes, el papel, los líquidos. Solía llevar los negativos a revelar, y luego yo misma sacaba las copias en un cuarto oscuro improvisado en el baño, que era diminuto y no tenía ventanas. El subarrendador también me había dejado su vieja ampliadora. Estaba en lo alto de la estantería, como un esqueleto erguido bajo un techo de cuatro metros treinta. Le dije a Stephan que esa tarde tenía clase. Él respondió que ese día la carrera podía esperar, pero que no me preocupara: a la lección magistral llegaba seguro. Yo sabía de los altibajos de Stephan, de sus dudas y de los imponderables de los últimos meses, aunque no todo. Apenas dos días antes, cuando nos vimos en el piso al que se acababa de mudar —su primera casa para él solo—, habíamos estado hablando durante horas. El sol lo cegaba. Stephan no estaba bien, no quería decepcionar a sus padres ni a mí ni a sus amigos, necesitaba tiempo y espacio para evolucionar. Recuerdo que nos pusimos a pensar en voz alta, los dos en un mismo sentido y en sentidos contrarios. Sus frases inteligentes. No quería engañarse a sí mismo. Pasamos el día y la noche juntos. Su espalda, su pelo, su piel. Con lágrimas en los ojos me insinuó que había cosas de las que no podía hablar, ni conmigo ni con sus padres ni con su

hermana ni con un amigo. Su verdad. Me dolió verlo a solas con su angustia. Nos abrazamos, habló el amor. Veo sus ojos marrones y sus pestañas negras, húmedas. Nuestros rostros juntos y un batir de párpados que roza al otro, mariposas. Su pelo castaño y sedoso, mis dedos enredados en él. Ese olor conocido. La verdad es relativa, y la inmensidad se refleja en el más mínimo punto, la belleza de las células, los microorganismos, el cosmos. Hay cosas que uno no puede ni quiere compartir con quien más ama, precisamente por eso. Yo lo sabía.

No hablé con nadie de las taquicardias que me estaban dando en los últimos meses. Se presentaron en forma de ataques. Me pillaban desprevenida, por la noche, cuando estaba a punto de dormirme, y una vez también me ocurrió en el restaurante, al final de una larga jornada. Eran poco más de las doce, yo trabajaba de camarera, los últimos clientes ya habían pagado, el jefe estaba sentado a la mesa con su abultada cartera, contando billetes y monedas para hacer la caja; miré la infinidad de vasos de cerveza vacíos que había en el mostrador, con su capa de espuma reseca, huellas de dedos grasientos en la parte más ancha, algún resto de carmín en el borde. Entonces pienso fugazmente en el examen que tendrá lugar dentro de unas horas, a primera hora de la mañana. Recojo los ceniceros, los vacío en el cubo de basura, restos de comida, servilletas, y regreso donde están los vasos que inundan el mostrador, tendré que fregarlos a mano y sacarles brillo, uno por uno. Todo empieza con una sensación de ahogo, el corazón se acelera, el pulso se dispara, mi frente se empapa de sudor. Intento respirar con calma, me pregunto si hay algún motivo para esa aceleración y ese miedo, algún detonante. Pero no, el miedo aumenta entre ataque y ataque, se convierte en miedo al miedo y en miedo en mitad del miedo. Es un pequeño fallo congénito: una válvu-

la cardíaca que, en situaciones de estrés, no cierra correctamente. El internista me recomendó hacer deporte y técnicas de entrenamiento autógeno. El término «ataque de pánico» lo oí por primera vez años más tarde, cuando esos estados dejaron de producirse. Aquello empezó con la prueba de acceso a la universidad, cuyo resultado me pilló por sorpresa, sobre todo porque no la había preparado a conciencia. Nadie en mi entorno había sacado nunca un sobresaliente en ese examen. El mero anuncio nada solemne de las notas en el instituto hizo que me avergonzara frente a mis amigos y, en particular, frente a una chica de buena familia que había invertido meses de estudio y sacrificio, porque quería estudiar Veterinaria. Yo, en cambio, casi no había estudiado. Tenía que haber un error, alguien se habría equivocado al sumar los puntos. Fui incapaz de alegrarme, pues compartía con la futura veterinaria una vaga sensación de ilegitimidad. Un descuido. Aquello no me correspondía. Recuerdo el trayecto en metro que compartimos justo después. La chica no se apartó de mi lado. Nos conocíamos porque las dos habíamos elegido Biología como materia troncal. Los días buenos, el profesor Forell nos obsequiaba con un relato de sus viajes por el mundo. Era doctor en Biología y estaba a punto de jubilarse como catedrático de instituto, así que podía mirar atrás y presumir de una vida plena. En los años cincuenta había hecho un viaje en bicicleta con un compañero de carrera desde Canadá hasta Tierra del Fuego. Contaba cómo tuvieron que empujar las bicis por empinados pedregales y subirlas a estrechos botes de madera en el río Usumacinta. El agua era turbia, había cocodrilos y tortugas. En la región del Amazonas tuvieron que remangarse los pantalones y cargar a hombros las bicicletas para cruzar unos humedales, hasta que les mordieron las pirañas. Nos encantaba que nos premiase con sus relatos. También había estado varias veces con

su familia en África, nos contaba sus aventuras y nos hablaba de los animales que había en los parques nacionales. Pero una vez, cuando estábamos inmersos en el tema de la genética —él acababa de dibujar un esquema en la pizarra para explicar la estructura del ADN y cómo se combinaban adenina, timina, guanina y citosina—, nos dijo que la genética era la responsable de que hubiese distintas razas humanas: negroides, caucasoides y mongoloides. Nos enseñó imágenes de neandertales y del *Homo sapiens*. Según él, el cerebro masculino era, en promedio, más pesado que el femenino, lo cual daba lugar a unas diferencias físicas muy notables y servía para explicar por qué las razas negroides, debido simplemente a que tenían un cerebro más pequeño, no presentaban las mismas capacidades cognitivas que las mongoloides y las caucasoides. Rocé la rodilla de Stephan, que estaba a mi lado, y él reaccionó con una leve presión. Aunque me puse roja como un tomate y sentí un ligero nudo en el cuello, pedí la palabra y contradije al profesor. Aquel doctor canoso y seguro de sí mismo me respondió con una afable sonrisa. Explicó que, en efecto, era muy consciente de que algunos hallazgos científicos no eran muy populares, y mucho menos después del nacionalsocialismo, naturalmente. Sin embargo, era un hecho probado que los cerebros de los africanos son más pequeños y más ligeros. Para subrayar su afirmación escribió en la pizarra el peso medio en gramos de un cerebro masculino caucasoide y el de su equivalente negroide. En opinión del profesor, era evidente que el *Homo sapiens* había evolucionado de forma distinta según las razas, bastaba con fijarse en el resto de las diferencias. Por eso los africanos corrían más rápido, lo cual se reflejaba claramente en el deporte: en todas las disciplinas basadas en la velocidad y la fuerza física, los negroides eran superiores a los caucasoides, no digamos a los mongoloides. Indignada, volví a

levantar la mano; el profesor asintió cortésmente y, con voz sofocada, argumenté que la masa encefálica por sí sola no demostraba ninguna correlación con las capacidades cognitivas, del mismo modo que con un globo ocular grande no se veía mejor que con uno pequeño y que un hombre, por el hecho de serlo, no era mejor pensador que una mujer. El profesor Forell reaccionó con una carcajada, mi exasperación lo divertía. Entonces amplió su razonamiento, no sin antes hacerme un guiño. En su opinión, no era casualidad que los grandes científicos y filósofos fuesen hombres. Y en lo tocante a las diferencias entre las razas negroides y caucoides, los milenios transcurridos en la historia de la humanidad ponían de manifiesto que, en el caso de la raza negroide, no había existido una sola civilización avanzada, máxime teniendo en cuenta que las personas y las culturas procedentes de países norteafricanos pertenecen más bien a la región mediterránea y, por tanto, a la raza caucasoide. Las denominadas «altas culturas», tanto antiguas como modernas, localizadas en el resto de los continentes no hacían sino refrendar su tesis. Yo negué con la cabeza y bajé el brazo, ya que no me dejaba intervenir. Mirándome con un gesto afirmativo y autosuficiente, el profesor me dijo que era muy libre de creer lo que quisiera; él sabía de sobra que ese tipo de estudios no eran del agrado de todo el mundo, pero desde un punto de vista científico eran irrefutables. Apuntaló su certeza con una sonrisa, y añadió que los avances en investigación genética no harían sino corroborar su tesis. Convencida de que a esas alturas me habrían salido rojeces en la cara de pura rabia y estupefacción, y sin pensar en las posibles consecuencias, cogí el cuaderno, el libro y la cartera, miré a Stephan con actitud desafiante —él todavía dudaba si sumarse a mi acción de protesta— y salí del aula de Biología. Stephan me siguió. Pero no lo hizo nadie más. Me resultó

incomprensible que todos mis compañeros se quedasen sentados y que, tras las afirmaciones expresadas ese día, decidieran seguir asistiendo a las clases de aquel profesor. ¿De verdad no veían un motivo para la desobediencia civil? La futura veterinaria tampoco se levantó. ¿Y el resto? ¿Eran unos cobardes o acaso no compartían mi indignación?

Veinte años después, tras la muerte de mi abuela Inge, apareció en su secreter una breve autobiografía de su hermana. En ella, Gisela cuenta cómo, en 1934, cuando fue a presentarse a la prueba de acceso a la universidad, escogió Lengua y Literatura como materia optativa y quiso examinarse sobre Schiller, lo cual le fue prohibido dada su condición de «medio judía» y, por tanto, indigna de estudiar a tamaño escritor. Entonces optó por la obra de Hesse, propuesta que también fue rechazada por ser este un escritor «degenerado». Su tercera opción fue Hebbel, se lo leyó todo. Para su sorpresa, el examen oral consistió en nombrar una obra nacionalsocialista de dicho autor y, como reacción a su silencio, el tribunal intentó provocarla con preguntas sobre Herodes y Mariamna. Como cualquier otro candidato, Gisela tuvo que pasar una prueba sobre ciencia racial. En presencia de la comisión evaluadora competente en la materia, le pidieron que explicara las leyes de Mendel aplicadas a sus progenitores y a ella misma. Su padre, quien ya durante la República de Weimar había sido miembro del Partido Socialdemócrata de Alemania, catedrático de Química y director de un instituto de investigación, era alemán y tenía unos ancestros considerados puros, mientras que su madre era judía con antepasados exclusivamente judíos. Gisela guardó silencio. Entonces le dijeron que, debido a la relación sexual de sus progenitores, también su padre tenía sangre judía. Obtuvo así la calificación de aprobado, pero las leyes de Núremberg le prohibieron estudiar Magisterio. A lo sumo le dieron la

opción de formarse como asistente social, pero ni siquiera tras superar el último examen pudo ejercer, pues tuvo que cumplir con el servicio de trabajo implantado por el Reich, que la obligó a trabajar de cuidadora en un hospicio y a servir como criada, entre otras tareas. También le prohibieron estudiar para ser intérprete. Enfermó de asma y tuberculosis y, pese a sus numerosas solicitudes, a las reiteradas mediciones craneales y a un exhaustivo análisis de sus rasgos raciales, no le permitieron casarse con su prometido, de modo que tuvo a su primer hijo como madre soltera, mientras aún vivía y trabajaba en el hospicio. A los cuatro meses, el bebé padeció unas fiebres muy altas, apenas podía mamar. El pediatra del hospicio no estaba dispuesto a acercarse durante el fin de semana, de modo que el bebé murió el lunes por la mañana. Durante la posterior ronda de visitas de ese mismo día, sin dignarse a mirar siquiera el envoltorio que la madre traía en sus brazos, el médico extendió el correspondiente certificado: vida carente de valor. Gisela también tuvo a su segundo hijo fuera del matrimonio, antes de que su prometido y ella pudieran casarse una vez acabada la guerra.

Durante el último trayecto en metro desde el instituto hacia el centro de la ciudad, ya con nuestros expedientes en la mano, lo primero que hizo la futura veterinaria fue preguntarme qué había sacado en Biología. En ese caso pude tranquilizarla, teníamos la misma nota. Ella no quiso creerlo, insistió y empezó a interrogarme sobre cada asignatura y su calificación exacta, ya que, excepto en la materia troncal, casi no habíamos coincidido. Noté mi boca seca, tenía calor, comencé a tartamudear. Ella no había contado con que fuese yo quien sacara mejores notas. Pude percibir su sorpresa, su decepción y su envidia. Entonces se puso a contar al resto lo mucho que había estudiado en los últimos meses, y nos preguntó uno por uno si habíamos hecho lo mismo.

Yo me encogí de hombros, pensé: «Tierra, trágame». ¿Debía mentirle a la cara y decirle que había estudiado mucho? Sus padres y su novio estaban muy orgullosos. Al oírlo me tranquilicé un poco. Era un motivo para estar contenta. Yo, en cambio, no lo estaba. Ni se me pasó por la cabeza hacer una sola llamada. A nadie en mi familia le interesaba si iba al instituto o no. Mi madre desconfiaba de cualquier logro derivado de la sociedad del rendimiento y de todas las instituciones que la sustentaban. Años antes, cuando mi hermana mayor aprobó el examen de acceso a la universidad a comienzos del verano de 1983, hicimos una fiesta con amigos. Por esa misma época llevaban ya un tiempo sin saber qué hacer conmigo, así que unos amigos de Berlín se ofrecieron a acogerme. Mi madre nunca tenía tiempo de llamar ni de escribir cartas. Solo recibía noticias suyas cada dos o tres meses. A veces ponía de su parte y metía en un sobre una carta empezada meses atrás, interrumpida y retomada por fases con distintos bolígrafos; eran dos o tres páginas llenas de faltas de ortografía, que acompañaba con una hermosa pluma de ave que había encontrado por casualidad, algo de purpurina o arena del Báltico. Ponía mi dirección casi siempre mal, y a veces se olvidaba también de los sellos. Hacía meses que no hablábamos por teléfono. La última vez fue en invierno. Recuerdo que había oscurecido, yo estaba sentada a la mesa, en la habitación de la Hauptstrasse, y quería terminar la conversación, así que le dije que tenía que leer unas cosas. Al oír ese verbo, mi madre cayó en que pronto llegarían los exámenes, lo cual le dio pie a recordar lo mal que lo pasó cuando tuvo que presentarse a esa misma prueba, lo torpe que se había sentido, lo mala que había sido en el instituto y lo mucho que la ayudó su querido hermano poco antes de morir; jamás habría aprobado sin su ayuda. Recordó lo mucho que le había costado estudiar durante

toda su vida y me dijo que, durante esas etapas, lo que más la relajaba era masturbarse.

Aumenté la distancia que había entre el auricular y mi oreja. ¿A quién pertenecía esa voz que me hablaba de técnicas de relajación a mí, que llevaba más de siete años viviendo lejos? Aquel grado de intimidad, completamente inesperado, que mostraba la mujer que me trajo al mundo me pareció fuera de lugar. ¿Quién era yo para que, pasados varios meses y estando a cientos de kilómetros de distancia, ella me llamara y reaccionase a mis palabras de despedida con esa información? Por suerte, el teléfono no podía transmitir mi sonrojo. No supe qué contestar. Me despedí con un monosílabo. Aquel verano no llamé a nadie de mi familia ni a ninguna otra persona para comunicar que había superado el examen y podía ir a la universidad. Me quedé sola con mis resultados.

Recuerdo cómo me temblaban las rodillas mientras subía las escaleras que conducían al aula donde se celebraba la prueba oral. El sudor frío en las manos, las piernas que apenas me obedecían, mi propio cuerpo, que pesaba demasiado. A cada candidato lo habían convocado a una hora en particular, así que, por suerte, estaba sola al pie de la escalera. Tras agarrarme con ambas manos a la barandilla pintada de color azul, fui poniendo una mano delante de otra y tirando de mí con los brazos. A cuatro patas, como quien dice, logré arrastrar mi cuerpo y subir tres tramos de escalera. Me había pasado la noche leyendo, no había dormido ni una hora. Ese día tocaba Historia del Arte: el desarrollo de la perspectiva cónica frontal. El tema me parecía fascinante, aunque solo dispondría de veinte minutos. Había profesores encantados de escucharse a sí mismos que robaban tiempo al candidato formulando preguntas muy enrevesadas. Nada más entrar y leer el enunciado, empecé un poco dubitativa, pero luego se desató un torrente de palabras.

Hubo cosas que quise decir y otras que me pregunté a mí misma, sobre arte y filosofía, el Renacimiento y el presente, la perspectiva frontal y la múltiple, el ojo de Dios, el del ser humano, no te olvides de Lascaux, cosas que tuve que decir y otras que quise decir al margen de la pregunta. Un estallido de asociaciones. Apenas dejé que siguieran preguntando, me adelantaba todo el tiempo, fui relacionando cosas y saltando de una a otra.

Más que la vergüenza por el sobresaliente obtenido fue la sensación de libertad total, hasta entonces desconocida, lo que me generó una gran tensión en los meses posteriores. Ser libre para estudiar lo que quisiera y vivir las experiencias que quisiera me resultaba amenazante. Al mismo tiempo sentí una responsabilidad tremenda. Quería estudiar algo que estuviese a la altura de aquella calificación imprevista y de las posibilidades que eso ofrecía. La belleza de los microorganismos, las células, el ADN, el milagro de la vida. Para hacer Medicina había que pasar otra prueba de acceso, así que opté por matricularme en Ciencias Jurídicas. En cuanto a los ataques de pánico, de nada sirvieron la valeriana ni el psicoanálisis ni el entrenamiento autógeno, tampoco que se lo contase a Stephan. Me culpabilicé por haber tomado alguna que otra droga en los últimos años. Quizás los ataques de pánico fuesen pequeñas réplicas. El eco de mi cuerpo, de sus aventuras. Me era casi indiferente que a mis amigos les incomodase mi sonrisa. Ya de joven solía sujetar un vaso con agua del grifo mientras los demás se emborrachaban con aguardiente, cócteles, cerveza y vino. El alcohol que entonaba a mis amigos a mí me provocaba un cansancio plomizo. No podía mantener los párpados abiertos, solo era capaz de tumbarme y desaparecer con los ojos cerrados. Si tomaba agua, aguantaba alegre y despierta mucho más tiempo. La perspectiva de soñar, de seguir durmiendo pláci-

damente y despertar con la mente despejada me parecía edificante. Para sorpresa de mi entorno, en lo relativo a las drogas me convertí en una asceta.

La crisis de Stephan, de la cual él solo era capaz de hablar-me, como máximo, en forma de insinuaciones, no parecía provocada por un sentimiento repentino de libertad, ni por el pesado lastre de una responsabilidad interna, ni por falta de amor, ni por obtener cierto beneplácito o cumplir con las expectativas de sus amigos y de su familia. Él mismo se veía en una situación más bien opuesta, de saturación, en absoluto precaria. Hacía pocas semanas que sus padres habían alquilado un piso para él solo, decorado con bonitos muebles, y hasta le habían organizado la mudanza. En su carné todavía figuraba el domicilio familiar. Stephan nunca había tenido que buscarse un trabajo. Mientras yo llevaba años limpiando casas y una guardería y trabajando de camarera, una asistenta iba a su casa todas las semanas y lo dejaba todo ordenado. En fechas señaladas, su familia iba a los mejores restaurantes de la ciudad. Él contemplaba todo ese mundo desde la perspectiva de un Bret Easton Ellis. Quería ser escritor. Había ciertos pasos que debía y que quería dar solo. Hablamos de muchas cosas aquel domingo de mayo. Como beneficiario de un seguro privado para estudiantes que pagaban sus padres, sabía que la factura de cualquier médico les llegaría antes a ellos. Eso le angustiaba. Pero hubo algo que no entendí hasta pasados varios días: Stephan no podía ni quería traicionar a nadie, ni a sí mismo ni a los demás. Recuerdo aquella noche de invierno —ya era tarde— en la que vino a verme y se tumbó a mi lado en el colchón, bajo la cara oculta de la Luna. Recuerdo que rodeé su cuerpo con el brazo y con la pierna, sentí mi pecho pegado a su espalda, piel con piel, y noté cómo al instante se quedó dormido y completamente frío en pleno sueño. Intenté despertarlo, pero parecía ausente, como

si se hubiese desmayado estando dormido, lo sacudí, tomé su cara entre mis manos, le hablé, lo puse bocarriba, me senté encima. ¿Me oyes? Stephan no podía abrir los ojos, no podía hablar. Entonces lo coloqué de lado, en posición de seguridad, e intenté cubrir su espalda con mi cuerpo. Mi mano sobre sus cicatrices. El termómetro marcaba 35,1 °C. Traté de calentarlo, le froté los brazos y las piernas. Stephan nunca me contó qué le ocurrió aquella noche. A la mañana siguiente no parecía recordar nada.

Pocos meses después, aquel domingo de mayo, no quise presionarlo ni exigir que me confesara ningún secreto cuando, entre lágrimas, me contó que no podía hablar de ello conmigo. Solo quise mostrarle respeto y confianza, así que propuse que dejásemos de vernos un tiempo, que nos separásemos por el momento, aun queriéndonos. Pasé esa noche en su casa y el lunes por la mañana me fui directamente a la universidad.

Al día siguiente me llamó. Tengo que verte hoy, sin falta, por favor. Eso fue lo que me dijo Stephan por teléfono aquel martes. Qué quieres, pregunté. A ti, esa fue su respuesta. Sonó tenso, aunque por la voz no pude distinguir si estaba alegre, crecido o asustado. De acuerdo. Allí estaré, respondí. Quedamos a las cuatro en el café Hardenberg, frente a la Universidad Técnica de Berlín. Él apenas llevaba un año estudiando Germanística. Había elegido aquella universidad por el escritor Norbert Miller, que daba clases allí, mientras que yo estudiaba Ciencias Jurídicas en la Universidad Libre.

¿Habíamos intercambiado los papeles? ¿Estudiaba yo lo que nuestros allegados esperaban de él y él lo que yo quería dejar solo para él? Nos habíamos conocido cuatro años antes y habíamos estudiado juntos el bachillerato. Los dos habíamos nacido en Berlín, él en el Oeste y yo en el Este. Nuestros mundos y nuestras familias no podían ser más opuestas.

Stephan procedía de una familia tradicional: mamá, papá y dos hijos. Sus padres eran personas cultas e inteligentes, jueces ambos, que a su vez procedían de un entorno decente y acomodado, propio de la burguesía ilustrada, eran los típicos protestantes alemanes. Por Pascua y por Navidad ambos iban a la iglesia, aunque no con la misma convicción. En asuntos de política nunca estaban de acuerdo, votaban consecuentemente lo contrario el uno del otro. Los dos tenían sentido del humor y eran muy cariñosos, cada uno a su manera. Por más que a los alemanes en general —y a los alemanes occidentales de mi generación en particular— los orígenes familiares de Stephan pudieran parecerles convencionales y hasta representativos de la identidad democrática forjada en la Alemania occidental de posguerra, a mí me resultaban ajenos en muchos aspectos.

Yo, por el contrario, procedía del caos, del Este, del Norte, del Oeste, era nómada, refugiada y casi huérfana. A sus ojos, tal vez fuese una vagabunda, una niña *hippy*, una criatura abandonada. Ellos sabían que su hijo me quería y me abrieron las puertas de su casa. Hasta me invitaron a celebrar la Navidad. Recuerdo que compré un gran ramo de rosas amarillas en la mejor floristería del barrio. En pleno invierno. De lo contrario habría estado sola en mi piso, como el año anterior. La casa familiar daba casi al Lietzensee, en el barrio de Charlottenburg. Cuando iba de visita, Stephan y yo solíamos pasear junto al lago.

Cuando ambos aprobamos el examen de acceso a la universidad —Stephan con el mínimo esfuerzo, como bien recalcó su madre dedicándole un cariñoso guiño—, sus padres, aliviados, nos invitaron a comer a un buen restaurante. Al padre le pareció bien que su hijo se hubiese permitido sacar un cero en el examen oral, fruto del ataque de rabia y orgullo que le entró al ver que el profesor le ponía un ejerci-

cio totalmente inesperado. Hubo palmaditas en el hombro. Había momentos en los que uno tenía que ponerse en su sitio. En aquella época, Stephan llevaba meses prácticamente instalado en mi casa de la Hauptstrasse, en el barrio de Schöneberg; de hecho, pasábamos casi todas las noches juntos. Sus padres se alegraban de verlo de cuando en cuando. Los domingos, salvo raras excepciones, solía comer con ellos. Hacía años que cumplían con la tradición: por muy ocupada que estuviese entre semana, y aunque tuviera que quedarse sentada al escritorio hasta las tantas rodeada de códigos y de actas procesales, los domingos su madre cocinaba para toda la familia.